

ADAPTACION DE S. AGUSTIN A NUESTROS DIAS (*)

P. Lope Cilleruelo O. S. A

Tenemos que vivir hoy en un mundo desquiciado y escéptico, pero nuestra fe en la Providencia nos obliga a enfrentarnos con la realidad y a meditar las relaciones que nos ligan a ella. Existe actualmente en todas las Ordenes y Congregaciones religiosas un grave problema de adaptación, puesto que, como siempre, se están aplicando en todos los terrenos, consciente e inconscientemente, los principios sociales que están en vigor. Tendremos que adaptarnos a las circunstancias. La Iglesia reacciona vigorosamente frente al laicismo fanático. Se buscan nuevas técnicas para hacer mundos mejores. Nuevas organizaciones, llamadas Institutos seculares, vienen a infundir en el elemento seglar el espíritu de los monasterios. Y la Acción Católica, pues a ella se deben todos los movimientos de participación apostólica en la obra de la Jerarquía Eclesiástica, nos muestra caminos que no podemos desconocer. Que todo esto reclame de nosotros una puesta al día, parece indiscutible.

Los temas de las ponencias presentadas al II Congreso Agustiniiano, celebrado en Valladolid, nos muestran cuánto tenemos por delante y cuánto tenemos que trabajar para ser más eficaces en la viña del Señor, para formar una unidad eficiente, bien dotada y disciplinada, llena de moral y de espíritu, un «escuadrón pesado», según el lenguaje de San Ignacio.

(*) Las dos primeras partes de este artículo están publicadas en *Religión y Cultura* (Octubre-Diciembre, 1959). A ellas nos remitimos.

P. LOPE CILLERUELO

Sabemos muy bien que existe en la actualidad una fuerte corriente uniformadora y niveladora. Estamos cansados de tantas capillitas y compartimentos estancos, de tantos movimientos disgregados y anárquicos, a veces encontrados. Se pierden muchas energías en discusiones internas, en puntillos de honra, cuando la potencia de nuestros enemigos reclama que todas las fuerzas se reúnan para combatir en debida forma. Eso es cierto y no seremos nosotros los que nos oponamos a esa fuerza unificadora, que la misma Jerarquía Eclesiástica promueve. Pero nadie deberá asustarse, cuando se le habla de una espiritualidad agustiniana o de una postura agustiniana en el campo de la espiritualidad. El solo nombre de S. Agustín se basta para que nadie piense en capillitas y compartimentos estancos. El Doctor de la gracia es el doctor de la espiritualidad y es obvio que el estudio de San Agustín tiene un valor universal y se dirige a todos los cristianos. San Agustín no se opone a nadie, pues está antes que todos. Es el maestro de todos los movimientos unionistas, el enemigo de todo cisma. Que nadie tema que por el estudio de S. Agustín va a encontrarse apartado y separado de los suyos. Pero sabemos también que nivelar no es progresar. Está bien que nos unamos, pero ha de ser para seguir hacia adelante y no para detenernos en el camino. Y es bien sabido que para avanzar es menester recuperarse, volver a inspirarse en las fuentes, recobrar energías junto a las fuerzas creadoras, volver a las bases, repasar los puntos de partida. En la historia de la espiritualidad católica se ha observado que la vuelta a S. Agustín ha sido siempre una fuerza renovadora, estimulante.

Con muchísima razón se ha dicho que la Historia es el pasado, pero no sólo el pasado. Es también el presente. Porque el pasado actúa en el presente. El pasado busca siempre en el presente una realización, una perfección. Por eso el presente no puede nunca prescindir del pasado. Y no sólo en cuanto evita recaer en errores y caminos muertos, sino también en cuanto recoge programas que no se han cumplido, fuerzas que no se han empleado, ideas que no se han realizado todavía y que esperan la hora de encarnar en nosotros. Lo cual tiene singular importancia cuando se trata de San Agustín y de un agustinismo que tiene ya en la Historia un puesto especial. Sería un grave error

ADAPTACION DE S. AGUSTIN A NUESTROS DIAS

ercer que San Agustín fue el Genio de la Edad Media y en ella terminó su misión. La misión de S. Agustín terminará tan sólo con la vida de la Iglesia militante. S. Agustín espera siempre su hora de encarnar en alguien para dar vida y luz al mundo. Esa fue su vida y ésa es su vida perenne en la Historia.

Una puesta al día no es empezar desde cero. No podemos cambiar en lo sustancial e inalterable cuando hemos de adaptarnos a lo circunstancial y evolutivo. El problema consiste, pues, en saber si es posible adaptar el espíritu agustiniano a las circunstancias y técnicas actuales, sin caer en el anacronismo y en la ficción. ¿Puede el espíritu agustiniano vitalizar y animar una organización moderna y actual, como la nuestra?

Estimamos que no sólo es posible vivir íntegra y realmente el ideal agustiniano, sino que la entrega a ese ideal es la salvación de las Ordenes modernas y de la sociedad moderna en general. Los especialistas en problemas sociológicos insisten en que las circunstancias del mundo moderno son en el fondo muy semejantes a las de la decadencia del Imperio Romano: escepticismo, burocracia, masas populares, técnica, sentido práctico, lujo, enorme desigualdad económica, división de clases y coloniaje. En virtud de tales circunstancias, que anuncian una desorientación general y un pesimismo precursor del desastre, algunos filósofos lanzaron ya hace tiempo el grito de «vuelta a San Agustín», como una tabla de salvación. Pero si esa vuelta se impone en el terreno teórico y sociológico en general, mucho más se ha de imponer en el terreno religioso del que partieron la teología, filosofía y sociología agustinianas. Sobre este punto todos los comentaristas de San Agustín están plenamente de acuerdo. Todos podemos repetir con el P. Vega: «Cabe entero San Agustín en la ideología moderna y aun podemos decir que es el único que encaja plenamente» (1). Incluso en los campos experimentales, en los que el progreso de las ciencias ha relegado al olvido a los antiguos, descubrimos asombrados que S. Agustín nos tiene preparados unos principios que

(1) VEGA, A. C. *Introd. Gen. a la Fil. de S. Agustín*; BAC, Ob. de S. A. t. II, 1.^a edic. p. 168.

P. LOPE CILLERUELO

son precisamente la luz que necesitamos para dar sentido y valor a nuestras ciencias y experiencias. Sobre este punto no hay nada que temer, o por lo menos nada hay que temer en el campo de la espiritualidad.

Pero el volver a San Agustín no es sólo una posibilidad y una oportunidad. Es más bien un deber de conciencia. Porque si el mundo está visiblemente en una crisis, si por todas partes se busca la luz, el sentido y el valor de las cosas y se respira la angustia que precede a la catástrofe, todos tenemos el deber de ayudar al prójimo, de sacar la candela del celemín y ponerla en la encrucijada. Y si San Agustín es un faro resplandeciente, ha de serlo para nosotros y para todos. Y si este deber urge, no cabe duda que la urgencia es más apremiante para los que se glorían de ser hijos del Santo Fundador, para los que llevan su librea como una distinción de familia ante la sociedad moderna. Tenemos que volver en cuerpo y alma a San Agustín, no para dormir sobre los laureles, sino para estudiar, para aprender, para comunicar luego lo que hayamos visto, descubierto y aclarado.

Nadie deberá engañarse. El estudio de San Agustín es muy difícil. A los principios últimos se llega tan sólo a fuerza de meditación, de aplazamientos, digresiones, deducciones, pruebas y contrapruebas. Pero difícil o fácil, es menester empezar y lanzarse. La formación clara de los principios espirituales y monásticos de San Agustín y su aplicación o adaptación a la situación presente es la empresa que nos incumbe en la hora actual. Unicamente con esta labor a la vista tendremos un criterio objetivo para discernir lo genuino de lo espúreo, lo seguro de lo problemático, lo importante de lo insignificante. Por todas partes resuenan los gritos de los que pretenden orientar a las gentes, pero la orientación es muchas veces una desorientación y muchas presuntas reformas no son progreso alguno, sino desviaciones y retrocesos. En la hora de la crisis es cuando se impone más y más atenerse a una realidad segura y mantenerse firmes en lo que nunca perece.

La tarea de conjugar la espiritualidad con el mundo moderno tiene todos los caminos libres. San Agustín no dió una técnica circunstanciada, un pie forzado para ulteriores desarrollos prácticos. Se limitó a

ADAPTACION DE S. AGUSTIN A NUESTROS DIAS

los principios, al espíritu, y nos ha dejado en libertad para mirar de frente a las circunstancias. Los fundadores de Ordenes militares o de redención de cautivos, han obligado a sus sucesores a pensar en nuevas empresas y, en general, todas las Ordenes han tenido que sufrir una evolución en sus tareas y posturas fundacionales. Pero la Orden de San Agustín tiene sus principios fundacionales en el terreno del espíritu y no en las circunstancias del mundo. Si, pues, la técnica es mínima y elemental, hay mayor libertad para la adaptación a los tiempos. Por esa ausencia de técnica precisamente, el monje agustiniano ha de vivir siempre al día, abierto a toda novedad saludable, sin dejarse esclavizar por las tradiciones de los hombres y las formalidades de la moda. Mientras se arraiga en los principios y en el espíritu, deberá ir al mundo para iluminarlo. Si cada día trae una necesidad y un problema, una técnica y un método, una organización y una propaganda, subsiste estable y firme la condición humana.

Valladolid, 30 de agosto de 1959.